

El arte de la biografía histórica

Susana Quintanilla Osorio

En el curso de la última década, la biografía –ya sea individual o colectiva– ha sido considerada como una modalidad en expansión en todos los campos de las humanidades y de las ciencias sociales, bajo el avance incontenible de la narrativa vivencial. En el ámbito de la historia, dos factores han contribuido a este crecimiento: por un lado, el desarrollo de prácticas de escritura autógrafa facilitó la generación de múltiples fuentes que permiten reconstruir tramas situadas en la esfera de lo privado, e inclusive en la subjetividad, la intimidad y la secrecía; por el otro, los historiadores hemos trasladado nuestras miras de lo macro social hacia lo micro, y de ahí a lo individual.

Si bien los síntomas mencionados resultan prometedores, nada asegura que las apuestas actuales a favor de la biografía se cumplan satisfactoriamente. Podríamos estar viviendo una novedad alentada por presiones externas y ajustes de cuentas generacionales. “La biografía está una vez más de moda”, escri-

bió Jo Burr Margadant, “no sólo para un público lector en general sino también para los historiadores académicos que sin cesar vuelven a los escombros de las generaciones anteriores en busca de nuevas enseñanzas sobre nosotros mismos”.

De manera tardía respecto de Europa y los Estados Unidos, pero al igual que en estos lugares, en América Latina el entusiasmo por la biografía se asocia con la necesidad de llevar la producción académica al “gran público”. Yendo un poco más allá, agrego que el renacimiento de este género historiográfico es una manera, entre muchas otras igualmente necesarias, de reanimar a la academia tras varias décadas de asfixia interna y de inmovilismo frente a las demandas del exterior.

La recuperación del sentido social y pedagógico de la historia aparece como el argumento principal a favor de la biografía histórica, pero no es el único. En una mesa de debate convocada sobre este tema en 2009 por *The American Historical Review*, se arguyeron motivos que van desde la ampliación de la gama de posibilidades de sujetos de estudio, hasta la manera como estas determinantes se entrecruzan en la construcción del *yo*. Hubo quienes aseguraron que escribir la historia desde el punto de vista de las personas era la mejor manera de hacer frente a las complejidades teóricas y las confusiones de los albores del siglo XXI, mientras que otro de los participantes reiteró el significado terapéutico de la recuperación de la experiencia individual.

Cada época impone desafíos particulares, pero la esencia de éstos es atemporal. Uno de los capítulos preliminares de *El estudio adecuado de la humanidad*, de Isaiah Berlin, comienza con una referencia a Aristóteles: “La historia es el relato de lo que han hecho los seres humanos”. Al leerla, pensé que, más allá de las posturas teóricas y los recursos metodológicos en pugna, hay una protesta ante la deshumanización de la historia en aras de criterios de cientificidad que nunca le fueron propios. Recorro a Noel Annan, editor de la obra de Berlin, para expresar este malestar: “Los estudiosos de las ciencias sociales han despersonalizado a tal grado ciertos terrenos de la experiencia humana que la historia se parece a un rancho en el que las manadas se desplazan impulsadas sin saber por qué, por fuerzas impersonales, pastando mientras recorren la pradera”.

El regreso de la historia a las humanidades y a la humanidad misma ha favorecido el renacimiento de la biografía en el ámbito académico. ¿Cómo iba a morir, si ofrece la perspectiva más sutil de la realidad? Se ocupa de la exploración consciente de las vidas de los hombres, mujeres, jóvenes y niños

en sociedad. Incluso cuando está mediada por interrogantes de otro orden, ve la vida de los demás como algo de lo que vale la pena hablar. Contamos historias porque finalmente las vidas humanas necesitan –y merecen– ser contadas; con una ganancia: al escribir de otros, el autor se interroga a sí mismo sobre su propia existencia y muestra al lector la complicación y multiplicidad de ésta. Por un lado, nos ilumina, y por otro, nos pone en guardia con respecto a nosotros mismos.

Antes de elogiar el paso hacia la biografía, conviene recordar que los historiadores han sido muy cautos en nombrarse a sí mismos como biógrafos y han establecido distinciones entre la biografía histórica y la “biografía como tal”. Mientras esta última da seguimiento e interpreta la vida de una persona desde la cuna hasta la tumba, y tiene a ésta como el único centro del análisis intelectual y de la argumentación, la primera la ubica dentro de un determinado contexto histórico y, muy probablemente, como “representativa” de una región, de una etnia, de un género, de una comunidad o de una generación. Es común, también, que el sujeto estudiado constituya una especie de ventana para avistar un proceso social previamente elegido por el investigador o que éste intente mostrar las formas de cómo alguien fue afectado –o no– por un acontecimiento histórico.

El acento indispensable en el contexto ha hecho que los biógrafos profesionales duden de la capacidad de los académicos para escribir biografías. Paula Backs Cheider, autora de una documentada y divertida guía del género biográfico, describió a los académicos como seres pobremente preparados para ahondar en las complejidades de la narración biográfica: no sólo carecen de los recursos y habilidades necesarias, sino que han sido condicionados para responder negativamente a las dosis de pasión, dramatismo, ficción y técnicas literarias, esenciales a este género narrativo. Para un académico, ser acusado de “maquillar los hechos” o de seleccionar evidencia constituye uno de los más serios cargos y lo pone en una situación vulnerable ante la cual no puede aducir argumentos estéticos.

Los límites entre uno y otro compartimento no son claros ni intransitables. La oposición entre el elemento pasión –propio de la biografía literaria– frente al de medida de la academia, es simple y llanamente una quimera. Tampoco convence el argumento de que mientras la biografía histórica está apegada al hecho y a la verdad, la literaria lo está al estilo. Este último constituye un plus para cualquier tipo de biografía, pero todas tienen que moverse en

el plano de la realidad. Del mismo modo que los académicos utilizan técnicas de la literatura imaginativa, los biógrafos profesionales recurren a la erudición supuestamente propia de la academia, con el fin de legitimar su labor y encubrir los placeres que subyacen en la escritura y la lectura de biografías. De este modo, el lector creará que está teniendo una experiencia literaria elevada, en lugar de simplemente estar escuchando chismes y leyendo el correo de otra persona.

En *El periodista y el asesino* (considerado por la crítica como uno de los mejores libros de periodismo en lengua inglesa), Janet Malcolm escribió un epílogo veladamente autobiográfico sobre las dificultades de escribir una historia que satisfaga al autor, atraiga a los posibles lectores y responda a su idea de verdad. Comenzó por lo elemental: marcar las diferencias entre las obras de ficción y las que no lo son, aunque reconociendo la infinidad de traslapes posibles entre unas y otras. Los autores de las primeras gozan de privilegios prohibidos a los de otros géneros, como mezclar personajes ficticios con históricos o aniquilar a su protagonista en un capítulo y páginas más adelante mandarlo de viaje para recuperarse del mal que supuestamente lo había matado. Emma Bovary soy yo, dijo Flaubert. Esto es algo que ningún biógrafo podría decir de su biografiado, por más que se sienta identificado con él.

El escritor de novelas es dueño de su propia casa, concluye Malcolm, mientras que el de obras no ficticias es un inquilino que debe atenerse a las condiciones de su contrato con el lector. Se limita a tratar acontecimientos que realmente ocurrieron y a personas que realmente vivieron, pero no puede trastocar la verdad, ni de los sucesos ni de los individuos. No obstante, ambos tienen un espacio común llamado vida. Así como el novelista debe refrenar su imaginación para que su relato esté fundado en la experiencia común del hombre, el autor de no ficción debe narrar los hechos literales con los recursos narrativos de la literatura imaginativa.

¿El respeto a estos códigos destina a la biografía a los cajones secundarios de los que apenas está siendo entresacada? En 1929, en pleno auge renovador del género biográfico dentro de la prosa anglosajona, Virginia Woolf hizo una pregunta similar. Ella defendió la supremacía de la verdad histórica en la biografía: “El novelista es libre; el biógrafo está atado a la realidad”. Si bien esta “cruel distinción” determina que la biografía no sea realmente un arte y que sus héroes resulten perecederos, al mismo tiempo representa un estímulo para la inteligencia creativa. Exige confrontar las restricciones a hacer

públicas las facetas “oscuras” de los sujetos, así como la recopilación metódica de información auténtica, su selección y edición. Al decir la verdad de los hechos (que tiene la solidez del granito) y buscar las particularidades de una personalidad (que tiene algo de lo sutil del arco iris), los biógrafos tamizan lo pequeño de lo grande y configuran el conjunto para estimular la imaginación más que cualquier poeta o novelista, exceptuando a los más grandes.

Woolf hizo una descripción apropiada de la biografía histórica, aun cuando este término todavía no era empleado. Los tres referentes básicos de sus apreciaciones (las libertades para hablar sobre otros, la documentación existente acerca de éstos y las relaciones entre la biografía y otros subgéneros literarios) han cambiado mucho desde entonces. En la actualidad, casi en todos los países se puede decir lo que a cualquiera le plazca sobre otro, y muy probablemente existirán fuentes para ello. Pero el cambio más radical respecto a la época de Woolf es el de la literatura misma. La disyuntiva entre realidad o ficción, propia de los años veinte del siglo xx, fue superada y enriquecida por el estallido de la llamada *non-fiction*. Y al contrario: el desarrollo de la historiografía ha contribuido al impulso de nuevos métodos literarios.

Es justo en estas intersecciones entre la historia y la literatura donde ubico mi labor como biógrafa dentro del campo académico. En este último, la palabra oral y escrita no es un fin en sí mismo, sino un medio insustituible en la producción, difusión y enseñanza de conocimientos bajo prácticas y convenciones que parecen inamovibles. “Después de todo, dice Richard Ford, las universidades son lugares donde predominan unas formas de cortesía más bien inertes y desconocidas en el resto del mundo y donde los eruditos escriben sin la expectativa de un extenso público lector”.

En la actualidad, la dicotomía entre un mundo académico conservador en crisis, atrapado por teorías abstrusas, imposturas intelectuales y un lenguaje incomprensible, y otro abierto en el que “se vive al filo peligroso de las cosas” y estimula la libertad creadora, es cuestionada. Basta con leer las quejas de los escritores afamados acerca del tiempo y la energía que les quitan las promociones de sus obras y cómo los grandes monopolios intervienen cada vez más en sus vidas y hasta en los ritmos y las orientaciones de sus escritos, para saber que el “oscurantismo cultural” no es exclusivo de la academia. Por el contrario, esta última ofrece algunas comodidades para resguardarse de lo que Mario Vargas Llosa denomina “La civilización del espectáculo”, en la que la invasión y el escarnio de lo privado ocupan un lugar central.

A diferencia de los escritores, obligados por ellos mismos o por sus editoriales a seguir los caprichos del mercado, quienes trabajamos de tiempo completo en instituciones universitarias tenemos la tranquilidad relativa de nuestras plazas y los beneficios de la libertad de cátedra y de investigación. Si aprovecháramos estos privilegios para generar formas más amables de interrelacionar con nuestros biografiados, con los lectores, con nuestros estudiantes y entre nosotros mismos, estaríamos contribuyendo a fines socialmente compartidos sin necesidad de cambiar de profesión, esperar la jubilación para, entonces sí, escribir biografía “en forma” o lanzarnos a la yugular de nuestros antecesores reclamándoles que no hicieran el tipo de historia que nosotros ansiamos hacer.

¿Es factible situar a la “nueva” biografía histórica dentro de las nuevas vertientes narrativas sin que pierda sus cualidades originales? Creo que sí, y que al hacerlo estoy manifestándome a favor de cambios en las formas de escritura de los textos académicos y en el vocabulario que se utiliza en éstos. Según Chris Hedges, este lenguaje bloquea la comprensión universal, inhibe al iniciado a hacer preguntas desagradables, encierra a profesores y estudiantes en compartimentos separados y favorece el estudio de temas de escasa importancia, al tiempo que bloquea el posible interés por otros de mayor envergadura. Combinado con normas de citación y convencionalismos propios de las revistas científicas, este lenguaje constituye un obstáculo formidable para la creatividad inherente a la biografía histórica.

Aun con estas dificultades, confío en las bondades del género biográfico en el restablecimiento del diálogo entre los académicos, entre éstos y los escritores y de ambos con los lectores. Para ello, escribir, leer, editar, traducir, distribuir, enseñar y reseñar son indispensables. La viveza que adquieran estas actividades y sus productos en contextos definidos es lo que debe marcar la existencia e intensidad de la conversación, y no la cantidad de letra muerta acumulada.

Ver a la biografía histórica como una conversación cultural nos ayuda a pensar en términos finitos: quiénes pueden decir algo de interés para quiénes, y cómo, dónde, cuándo reunirlos. En esta escala, habría que renunciar de ya a la fantasía de que hacer más biografías abrirá el camino de la historiografía hacia el público masivo. No sólo porque la letra impresa no es, por principio, un medio de difusión masiva, sino porque nada garantiza que los lectores estén interesados en lo que hacemos.

En México, difícilmente podríamos competir con el interés hacia zares del narcotráfico, políticos en desgracia, artistas de moda, pederastas descu-

biertos o asesinos seriales. Quizá logremos convencer a unos cuantos miles de la importancia que tuvo para la historia de México la participación de algunas personas cuya vida indagamos, pero dudo que las masas se vuelquen a favor de nuestros argumentos. Y aun si esto sucediera, estaríamos obligados a mostrar que, en efecto, el estudio de la vida de estas personas contribuye al conocimiento de una parcela de la historia; y no como un agregado a lo que ya se sabía, sino como algo que trasforma la percepción que se tenía.

Valorado con los micro parámetros que le son propios, el renacimiento de la biografía histórica en México es la suma de esfuerzos compartidos entre escritores y especialistas, editoriales y lectores, cada uno de los cuales ha tenido que aportar y ceder algo. La publicación de biografías y de otras obras emparentadas con la historiografía incorporó a la prosística en español géneros escasamente cultivados y abrió puertas que supuestamente estaban clausuradas. Mi generación, la nacida en la medianía de los años cincuenta, aprovechó la apertura para cultivar su propia cosecha. Si ésta fue nutrida más por los afluentes literarios de su época que por modalidades historiográficas en forma, es algo que tendrá que ser estudiado.

Si bien las instituciones académicas han contribuido de manera indirecta a la renovación de la biografía histórica en México, es hasta fechas recientes que ésta pasó a ser parte del *establishment* científico, con sus inevitables repertorios teóricos, procedimientos metodológicos, prácticas de escritura, instrumentos de medición y disputas. Bienvenidos sean todos estos aparejos, siempre y cuando no se limiten a la creación y sostenimiento de departamentos, redes académicas, revistas, índices, cursos, asociaciones y congresos especializados; con sus correspondientes justificaciones, tanto teóricas como políticas, ideológicas o de género. Incluso corremos el riesgo de que, una vez que exista todo lo anterior, la biografía histórica pierda buena parte de sus cualidades originales, su carácter híbrido entre la literatura y la historia, su afinidad con el desarrollo de otros subgéneros narrativos, la creación de convenciones intermedias entre la erudición formal y la bibliografía comentada, la simpatía de los lectores no especializados, etc. Sobre todo, habrá retrocedido en su propósito original de “humanizar” a la historia. Para entonces, otras corrientes historiográficas, como la historia de las emociones, harán la misma promesa incumplida.

Mientras hago estos cálculos, rememoro con nostalgia la época –principios de los años noventa– en la que un grupo de escritores y académicos nos

reuníamos cada miércoles en la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en una de las laderas del Bosque de Chapultepec. Durante las sesiones, uno de los asistentes leía en voz alta lo que había escrito para la ocasión, mientras los demás escuchaban. Ahí oí adelantos de lo que después serían obras en forma, reconocidas tanto por su erudición como por su valor literario. Ahí leí los primeros avances de los dos libros que permitieron mi reencuentro con gente de letras, así como el acercamiento con nuevas generaciones de lectores interesados en el Ateneo de la Juventud.

Leer y escribir con y para otros, ésa es mi escuela en el oficio. A veces temo no poder acudir a ella porque cada vez tengo menos tiempo para realizar las actividades que la sustentan. Publico, sí, pero como dijo Gabriel Zaid: publicar “es normal en una carrera académica o burocrática”. En cambio, leer por gusto requiere aprendizajes prácticos difíciles, quita tiempo a la carrera y no permite ganar puntos más que en la bibliografía citable. Publicar sirve para hacer méritos. Leer no sirve para nada: es un vicio, una felicidad. Escribir no es exactamente una dicha, y quizá la clave del profesionalismo se reduzca, como aconsejó Mailer: “a ser capaz de trabajar en un mal día”.

¿Y qué hacer si en estos actos –leer y escribir– radica el arte de la biografía histórica? Quizá la respuesta esté en los jóvenes que en este momento están descubriendo su vocación de historiar mediante la lectura de alguna novela. Yo estoy redescubriendo la mía con la lectura de *Bajo el sol. Las cartas de Bruce Chatwin*, en una de cuyas páginas introductorias encontré el sentido que la biografía tiene para mí: “Planteó unas preguntas que todos queremos ver respondidas y nos dio la ilusión de que podían tener respuesta”.